

NALDA, Enrique. 1980. "México Prehispánico: origen y formación de las clases sociales". *México un pueblo en la historia*. pp. 45-165. Universidad Autónoma de Puebla. Ed. Nueva Imagen.

Nunca he sido aficionado a la crítica gratuita. Estas líneas representan más que mis ideas individuales, las ideas de un grupo de arqueólogos que aún creemos en los maestros que han dejado huella en nuestra generación.

Cuando leemos sus trabajos no los rechazamos con esa facilidad con la que algunos investigadores lo hacen. Respetamos aquello que implica largos años de trabajo y de experiencia. Creemos en una arqueología no de ruptura, sino en una de continuidad y renovación; claro está que tratamos de generar ideas, técnicas y conceptos.

Siempre he admirado aquellos investigadores cuyo conocimiento de Mesoamérica les permite concebir una problemática global. Aquellos que utilizan la información de forma que pueden describir los fenómenos de evolución a través de toda el área y en todas las épocas. Sin embargo, es difícil ir más allá de lo que los datos arqueológicos permiten. Estos crean límites y el intentar rebasarlos provoca un desbordamiento de la imaginación que lleva a especulaciones peligrosas.

En los últimos años la proliferación de corrientes y modas en la arqueología ha provocado que los investigadores creen que sus trabajos y teorías, en la concepción del esquema mesoamericano, son definitivos y totalizadores. No se puede tener la última palabra sobre tópicos tan importantes como son la periodificación y evolución de un área cultural en el estado actual de la arqueología: falta mucho por hacer al mismo tiempo que los datos arqueológicos son, muchas veces, poco rebeladores. Esto no invalida el planteamiento de hipótesis que después habrán de ser sujetas a comprobación, positiva o negativa.

Es oportuno llamar la atención sobre la forma en que el trabajo del profesor Nalda está realizado. Las obras de difusión, aun cuando no requieren de una gran especificación de sus fuentes, sí necesitan que las ideas de otros autores sean reconocidos para ampliar la posibilidad de consulta por parte del lector; con ausencia de citas pueden hacerse muchas manipulaciones, eliminando palabras e incluso

párrafos para adecuarlos artificialmente al argumento del autor que los cita.

No quisiera aquí utilizar el término ética profesional, por que resulta demasiado fuerte, sin embargo, creo que existen normas profesionales mínimas que deben ser acatadas en el trabajo de investigación. Además considero que este tipo de ensayos deberían ser publicados primero en la literatura especializada, para que fuesen criticados y aceptados o en su defecto, rechazados.

En el texto que nos ocupa se menciona constantemente no sólo el término "algunos arqueólogos", sino "los arqueólogos", "muchos arqueólogos", "los antropólogos", "algunos historiadores", frases que se repiten para ser exacta en 25 páginas de 108. Ahora bien, estas generalizaciones gratuitas se utilizan en aras de una originalidad ajena; si no se hubieran usado los conceptos e ideas de otros investigadores, este procedimiento sería válido; sin embargo, el libro está lleno de conceptos, frases, ideas de autores a los que no se les cita, no digamos ya con el detalle requerido en cualquier trabajo científico, sino que ni siquiera aparecen en la bibliografía general. No se trata, en su totalidad, de ideas universalmente aceptadas y, por ende el reconocimiento del autor es necesario.

El autor critica las hipótesis poco comprometedoras de "algunos arqueólogos", para utilizar las expresiones del profesor Nalda. En ninguna parte aparece el compromiso tan importante que él cree haber tomado. Si las críticas son tan severas, hasta el punto de decir que nada es válido, por que no se compromete en una polémica científica y sólo pasa un velo sobre ellos, incluyéndolos en una masa "homogénea" llamada "algunos arqueólogos", utilizando así un recurso muy fácil y nada comprometedor.

En la arqueología existe un problema teórico sobre la creación de periodificaciones, ¿para qué se hacen? y con qué fin. Creemos que la arqueología necesita de éstas como simples herramientas que no son sus fines. A medida que esta disciplina avanza, las periodificaciones son cada vez más minuciosas y detalladas, lo que permite poder correlacionar y comparar los datos y la información. Sin embargo, la periodificación que se presenta en este ensayo hace todo lo contrario, fijando períodos enormes (2,521 años) que no

aclaran ni especifican con suficiencia, su duración los hace tan generales que es imposible utilizarlos como obra de referencia o consulta.

En la obra del profesor Nalda se critican con poca fundamentación los conceptos básicos tomados para hacer las periodificaciones, en este caso las del doctor Piña Chán (Román Piña Chán, 1976), que, por cierto, nunca es referido en el texto, la de Sanders, con el que ocurre lo mismo y la periodificación de Preclásico, Clásico y Postclásico.

En el cuadro cronológico que se presenta en la página 49 se dan una serie de cronologías correspondientes a diferentes áreas. Para presentar nuestros argumentos ejemplificaremos con la que corresponden a la Cuenca de México.

En esta cronología se confunden las fases de distintos autores; es decir, para el Formativo se utiliza la cronología de Vaillant con las fases El Arbolillo, Zacatenco, y Ticomán con sus divisiones respectivas, pero al mismo tiempo se introduce Zohapilco, que es una fase del sitio arqueológico excavado por Cristine Niederberger, quien obtuvo una de las cronologías más precisas en esta área.

Para el período clásico se presenta la cronología de Millon sin ningún problema de interpretación, pero para el postclásico se otorgan una serie de fases confusas; todo esto sin mencionar nunca los autores que las postulan. Además, de la falta de referencias a los originadores de las periodificaciones referidas, Nalda confunde fases de distintos sitios en este cuadro.

El autor intenta básicamente, innovar la periodificación del México Antiguo a través de una sola variable; las estructuras socioeconómicas. Dividiéndose el tiempo mesoamericano en dos períodos: el de la Comunidad Primitiva y el de Transición a Formaciones estatales.

¿Qué evidencias arqueológicas deben recuperarse para poder establecer si una sociedad habrá o no alcanzado el nivel estatal? Incluso el autor menciona que es difícil aunque no imposible, pero sin señalar cómo y cuáles deben ser esos datos arqueológicos.

Define claramente lo que es Comunidad Primitiva, en términos de autosuficiencia, autosubsistencia, producción y consumo a través de la célula social más pequeña, la familia: una sociedad donde el rango de cada individuo se es-

tablece por consenso del grupo que requiere ser continuamente confirmado. Nalda, 1980: 58). Este período se inicia en 30,000 años antes de Cristo y termina en 1000 a.C. El autor considera que su definición resulta un poco abstracta pero que, sin embargo, el concepto de comunidad primitiva no queda invalidada ya que indica ausencia de clases sociales y opera como polo opuesto al conformado por las sociedades con Estado.

Desde el punto de vista arqueológico los datos que evidencian estos conceptos resultan algunas veces difíciles de interpretar, pensemos, como el autor menciona, en el Valle de Tehuacán donde se han excavado una serie de cuevas, descartando el medio explotado por el hombre, conociéndose la dieta, la población relativa. Aquí quisiéramos hacer hincapié que aun cuando el autor está criticando severamente a los arqueólogos ecologistas y poblacionistas, analiza, a pesar de que reconoce la insuficiencia de información, los cambios socioeconómicos a través de las curvas de población. Así como también parece darle excesiva importancia a los aspectos ecológicos.

Para ejemplificar este período toma entonces principalmente los datos obtenidos por el equipo de R. McNeish en el Valle de Tehuacán, así como también maneja los conceptos de Flannery sobre el surgimiento de la agricultura (Flannery, K., 1968) donde se habla de la programación de actividades para la explotación del medio ambiente. Y como ya es tónica en el ensayo no se cita a los autores de estas ideas.

El autor define la Transición a Sociedades Estatales como "aquel período donde el acceso al producto social está fijado, para cada individuo por su posición dentro de un sistema reglamentado hay derechos reservados al grupo dominante que se manifiesta como linaje, clan y otras formas de grupos corporados..." (Nalda, 1980: 59). Valdría la pena preguntar al autor quién fija o cómo se fija esta participación. ¿Las reglas son comunes a todas las sociedades con estas características?

Nalda, utiliza la fecha de 1000 a.C. como inicio de esta Transición interminable. Por lo que respecta a la información arqueológica hay que señalar que no es lo mismo un

sitio arqueológico como Tlapacoya, que una aldea formativa a una ciudad como Teotihuacan.

A través de todo el período, según el autor, la estructura socioeconómica es la misma y define esta transición en donde existe la explotación de la fuerza de trabajo en forma de tributo o trabajo aplicado, con una estructura política con puestos que sólo pueden ser cubiertos por determinados individuos. La agregación se hace más extensa, la división social del trabajo más complejo y sólo una parte del producto social es manejado al interior de la unidad familiar..." (Nalda, 1980: 59). Estas abstracciones, insistimos, deben estar fundadas en evidencias arqueológicas: definir en qué áreas, regiones o sitios es indispensable en el análisis. Un período que abarca 2,521 años y que solamente en algún momento del cuadro cronológico de la p. 52 se mencionan eventos a manera de anécdotas, resulta totalmente vago.

Este tipo de divisiones del tiempo, sin más explicación que la abstracción de conceptos —sin fases, períodos, etc.— no ayuda ni dice nada nuevo; y para el público que va dirigida —estudiantes universitarios— solamente dará un panorama muy parcial que resultaría en una confusión completa de las ya tan mencionadas evidencias arqueológicas.

Regresando de nuevo a algunos de los problemas fundamentales que son considerados en el ensayo como indicadores, está el militarismo, término que considera criticable si se utiliza a partir de 900 a.C. El argumento del autor consiste en decir que el militarismo se presenta como factor decisivo o de gran peso en el preclásico, clásico y postclásico; es decir, en cualquier momento a partir de los primeros indicios de la existencia de una cierta estratificación social, como una manifestación particular del enfrentamiento de grupos sociales antagónicos y aparecerá siempre que el conflicto se agudice.

Postula que a "partir de una marcada estratificación social, la crisis se da dentro de un proceso en el que las demandas del grupo dominante se hacen cada vez mayores, la tecnología permanece fundamentalmente sin cambio (de tal forma que el desarrollo de las fuerzas productivas es función exclusiva de la demografía) y los mecanismos ideológicos se hacen insuficientes para reproducir el sistema en

favor de la desigualdad entre un grupo de élite y una base de agricultores" (*E. Nalda*, 1980: 57).

Más adelante el autor plantea esta aparente verdad como una hipótesis señalando que solamente con el estudio de la base económica de la sociedad olmeca y no en sus aspectos iconográficos arquitectónicos y escultóricos, se llegarán a probar estas hipótesis de que la sociedad olmeca es la primera sociedad estratificada en el México prehispánico. Aquí pregunto entonces, dónde está la evidencia del militarismo en este grupo olmeca —cómo entonces esa transición a formación estatal se da a partir de una fecha de 1000 a.C.— si solamente tenemos datos sueltos, iconografía, escultura, etc., creemos nuevamente que la especulación rebasa los límites planteados por el dato arqueológico.

En las periodificaciones referidas por el autor el concepto de militarismo se plantea sólo a partir de 900 d.C. como característica de un período, pero nunca se niega que pudo haberse iniciado antes, puesto que la información arqueológica es más abundante para este último período.

La causa fundamental de la división de los dos grandes períodos: Comunidad Primitiva y Transición a Formaciones Estatales es vista como un cambio estructural provocado, por un lado, por la aparición de la agricultura de riego —que provocará entonces cambios en las formas de cooperación, del desarrollo de fuerzas productivas y de forma de gobierno, y, por el otro, la estratificación social; en este caso del grupo olmeca.

En cuanto a la definición de "clase social" dice... clase dominante, entendemos al grupo que se apropia del trabajo excedente para la satisfacción de necesidades exclusivas de esa clase, así como para reproducir las condiciones que presenten a esa clase continuar ejerciendo esa explotación entonces el grupo que se levanta por esencia de la base social mexicana que hemos descrito constituye la clase dominante o explotadora. Lo serán, también, los grupos dominantes de todas las sociedades que hemos descrito a partir de la ruptura en la comunidad primitiva, que hemos establecido hacia el año 1000 a.C.

...De la definición por la cual se opte dependerá una caracterización si se entiende al Estado como una serie de aparatos y mecanismos que resuelven el conflicto entre cla-

ses en favor de una de ellas, entonces existirá una estructura, política estatal cuando existan clases. (Nalda, 1980: 144).

Entonces preguntamos qué ocurre del año 1000 a.C. hasta 1521, según su definición en Teotihuacan, si existen "clases sociales". Pero más adelante reitera que la única forma de romper la circularidad de la discusión alrededor de los términos explotación —clase social— Estado es la de fijar uno de los términos (aunque esto implique caer en la arbitrariedad) (Nalda, 1980: 145).

Por lo tanto, el definir el período como una transición a formaciones estatales, confunde y no dice nada nuevo sobre la problemática del origen del Estado, ya que el término transición no aclara esta conflictiva situación.

Preguntamos nuevamente, ¿cómo se hacen estas aseveraciones? y en base a qué datos arqueológicos; es decir se consideran las obras de riego en el área del Valle de Tehuacan como válidas para demostrar estas ideas. Se habla también de irrigación en Cuicuilco y en Teotihuacan cuando sabemos que estas afirmaciones han provocado polémicas y que se argumenta que no sólo no son obras de irrigación tan importantes como se ha tratado de presentar, sino que también desde el punto de vista del "oficio arqueológico" el excavar canales y, sobre todo, fecharlos es muy difícil y por lo tanto los resultados no son del todo satisfactorios.

Todas las evidencias arqueológicas deben ser analizadas con sumo cuidado, reiterando nuevamente que no son comprobables y mucho menos verdades absolutas.

El libro, en unas partes, va de lo general, a lo muy particular. En otras, del detalle a la generalización. La primera parte, correspondiente a Comunidad Primitiva, cazadores recolectores y surgimiento de la agricultura, utiliza mucha información aun cuando no cita a nadie. Mientras que en la segunda, donde se habla de mal llamado preclásico y clásico, sólo se utilizan algunos ejemplos e ideas no originales. Para el grupo olmeca se utilizan las ideas de Piña Chán, Flannery, Coe entre otros, sin referir a ellos. Los teotihuacanos se analizan con la información del grupo del doctor Millon y del doctor Sanders.

La polémica del urbanismo en el área maya se discute sin hacer referencia a las distintas escuelas. Nalda analiza

el colapso maya negando la validez de las hipótesis del deterioro del medio ambiente o la presión demográfica, y plantea la lucha de clases, entre agricultores y el grupo dominante.

En cuanto a los mexica vuelve al detalle y minuciosidad, que permiten las fuentes escritas, haciendo un largo relato de la peregrinación, inclusive con el acontecimiento anecdótico del sacrificio de la doncella de Culhuacan. Aquí todo lo referente a la estructura socioeconómica, organización social, etc., queda muy detallado debido a que se basa en los trabajos de arqueólogos y etnohistoriadores no citados.

Al final el libro refleja nuevamente ese círculo vicioso en que se encuentra este tipo de arqueología. No por esto queremos caer en un pesimismo sin salida, existen posibilidades de renovación, que no pretenden tener la última palabra, ya sea en evolución, periodificación, organización social y economía, tomando en cuenta lo ya dicho y hecho.

Finalmente, sólo se utilizan contradicciones, se niegan estudios anteriores y se repiten, con otros términos y en otro contexto, conceptos, pero en el fondo se dice lo mismo, claro está encubierto de un tono de autosuficiencia y determinación que resultarán para los principiantes en la arqueología mesoamericana de una claridad profética.

Mari Carmen Serra
abril, 1981.